

EL ACTO LITERARIO



El acto literario

Fué el salón de Fiestas del Círculo de la Amistad, retablo sin par de toda solemnidad cordobesa, el lugar de la celebración del último acontecimiento de este Certamen de 1932.

A la hora de las once de la noche del día primero de Junio, todo respiraba en la Casa del Liceo Artístico y Literario aire de entusiasmo. Las músicas, las voces de incontables muchachas primorosamente ataviadas, el pueblo pletórico de su buen sentido estético, admirando el esplendor de luz de la sala y el abigarramiento de los trajes; todo el atruendo de las grandes solemnidades.

La Banda Municipal que interpreta el Himno de Riego anunciando la llegada de la bellísima muchacha en quien en estos Juegos Florales ha encarnado la Realeza. Entra la señorita María Luisa Pérez Hens, encantadora, plena de gracia y de majestad, llevada del brazo del Mantenedor don Rafael Castejón y Martínez de Arizala. Dos heraldos infantiles la preceden y la acompañan hasta el sitial de la Presidencia del estrado y una corte de señoritas de bello rostro, deslumbrante indumento y lindo tocado, la siguen y la escoltan: Son Rafaelita Mesa, Magdalena y Remedios Martínez, Manola Páez, Rafi Pérez Hens, Conchita Hilaria Mateos, Laurita Amo, Isabelita Alonso Cano, Carmelita y Pepita Peinado, Conchita Ezqueta y Paquita Cordón, gentilmente llevadas del brazo por el Gobernador civil, el Alcalde, El Presidente de la Comisión Gestora de la Diputación, el Coronel Fernández Burriel y los señores Amo Ramos, Sánchez Aroca, Moya, Camacho Padilla, Salinas Diéguez, Merino Castejón, Aumente Barazal y Guerrero García del Busto. También subió al escenario presidencial, el Secretario del Certamen señor Villa y Ruiz de Bustamante.

La voz del Alcalde de la Ciudad, don Francisco de la Cruz Ceballos, se dejó escuchar de modo elocuente para abrir el acto. Expresó con frase cordial su agradecimiento por tanto y tan distinguido concurso de pueblo al festejo de cultura, aludiendo a la preocupación que siente el Ayuntamiento de su Presidencia por el bienestar de Córdoba en todos sus aspectos y como él, el primer magistrado de la ciudad, había deseado vivamente la celebración de estos Juegos Florales de 1932, como medio de público

enaltecimiento de la excelsitud física de la mujer cordobesa. En nombre de la Ciudad rindió pleito homenaje a la Reina del Certamen, único reinado que los republicanos reconocen: el de la belleza. Expresó su gratitud a las damas de honor, estudiantes, prensa, señores que actuaron en los Jurados, miembros de la docta y vieja Academia y a todos, en fin, cuantos cooperaron a la mayor brillantez de este singular acontecimiento. Por último dedicó caluroso elogio al Mantenedor señor Castejón y acabó con los más fervientes votos porque, en adelante, esta Fiesta de los Juegos Florales sea cada año el exponente del progreso y la cultura de la Ciudad.

Larga ovación subrayó las palabras del señor Cruz Ceballos.

Seguidamente el Secretario don Buenaventura Villa y Ruiz de Bustamante, entregó a la señorita Pérez Hens, el sobre que contenía el nombre del poeta premiado, para que por la Reina fuese proclamado, como de costumbre. La bella Presidenta del acto, leyó la tarjeta de don Lope Mateo, laureado poeta y abogado de Madrid, y como se hallaba el señor Mateo ausente, la Reina entregó la flor natural al Alcalde, que le representaba. Coronamiento de esta proclamación fué la lectura hecha de modo insuperable de la poesía premiada, por el señor Villa y Ruiz de Bustamante.

Después, se escuchó la designación de don José Vicente Orti Muro, poeta también de Madrid y también ausente del acto, para recoger el acésit que en el tema 1.º habíale correspondido.

Aseguida ocupó la tribuna el gran poeta cordobés Francisco Arévalo, a quien se le galardonaba con premio extraordinario por su maravillosa poesía «Cuadro flamenco» que magistralmente leída por su genial autor, mereció calurosísimo aplauso de la concurrencia entusiasmada.

Continuó la fiesta con la lectura por el Secretario de los Temas concursados y con la subsiguiente proclamación por las Damas de Honor de la Reina, de los nombres de los autores premiados. Cada enunciación iba seguida de una salva de aplausos, que se repetían al adelantarse el galardonado hasta la Presidencia a recibir su premio.

Cerró el acto, el verbo cálido y vibrante de don Rafael Castejón y Martínez de Arizala, con una pieza oratoria de subido valor, cuya síntesis va más adelante para que mejor pueda ser saboreada.

El fin de fiesta fué un baile iniciado con el desfile de la Reina del brazo del Mantenedor, a los acordes del Himno Nacional y en medio de un entusiasmo clamoroso.

Bien entrada la madrugada, salieron los concurrentes de la sala máxi-

ma del Círculo de la Amistad, luego de haber afianzado para Córdoba el dictado legendario: «Clara fuente de sabiduría».

EL DISCURSO DEL MANTENEDOR

La Academia de Córdoba deseosa de que los Juegos Florales tuvieran el colofón digno al éxito alcanzado, encomendó a don Rafael Castejón el discurso de Mantenedor.

De todos es conocida la brillante oratoria del señor Castejón y no seremos nosotros los que pretendamos decir aquello que todos los que han escuchado su palabra florida conocen y aprecian. Hubiéramos querido reproducir íntegra la hermosa oración; pero nos ha sido imposible, pues fruto de la inspiración del momento, nuestro compañero no guardó notas que hubieran podido servirnos que guión. Por eso reproducimos lo que al día siguiente de la celebración del hermoso acto apareció en los periódicos de a localidad, lamentando el tener que privar a nuestros lectores de las galas de las bellas canciones que a la mujer, al amor y a la poesía, entonó el señor Castejón.

REINA Y SEÑORAS MIAS:

Cuentan las viejas y doradas historias de nuestra ciudad que, un día entre los días, el Califa de Córdoba recibió en los magníficos aposentos de aquella Medina Az-Zahra, que nos describen como un cuento de las «Mil y una Noches», a una embajada de los príncipes cristianos, sus feudatarios, y que, para darles la bienvenida, comisionó a uno de los hombres más ilustres y orador más florido de su imperio; pero éste, al ir a tomar la palabra, enmudeció, presa del amarillo azoramiento de la emoción. El Califa, contrariado, ordenó que hiciera el saludo otro ilustre orador de su corte, quien también se excusó con frase entrecortada. Y entonces, el Juez de Córdoba, hombre sapiente, pero lleno de modestia, se adelantó y dijo: Señor, para cantar tu gloria, mi pobre pecho encontrará alientos jubilosos, para ensalzar tu poderío mi humilde mente hallará la imagen necesaria, y para reverenciar los dones con que Dios premió tu reino, me bastará pedir ayuda a los fértiles sembradíos, a los vivos colores de los campos, al ganjeo de los pájaros y al sonoro murmurar de las fuentes.

Y yo también, reina y señoras, el último a quien la suerte señaló con su venturoso dedo, para que viniera a loar vuestra belleza, a cantar vuestras virtudes, y a glosar vuestra discreción y donosura, no habré de esforzarme en ello un punto, porque todos a coro, como los pájaros en los

campos saludando al alba, o como las humildes florecillas de los prados al inclinarse al soplo de la brisa, somos rendidos esclavos de todas aquellas prendas que el Criador depositó en vosotras.

No creáis que el elogio que os dedico es encendido ni extremo. Es que sé que la fiesta que hoy celebramos después de otras muchas en que se premiaron y exhibieron el trabajo de los hombres fecundando los productos de la Naturaleza, es Fiesta de Poesía, y para empezar a comprender la Poesía, como para sentir sus encantos, no hay sino inspirarse en las musas, de las cuales sois vosotras el más fiel y redivivo trasunto.

La poesía nació al cantar los encantos femeninos, y sin la Mujer, la Poesía no existe. Por eso, esta fiesta de literatos y poetas es para vosotras, que en vuestros virginales encantos tenéis, como el aroma las flores, el escondido secreto rimado de la armonía que enciende el númen en cálidas y versificadas endechas.

Aceptad la ofrenda, reina y señoras mías, y sean una vez más los Juegos Florales, la fiesta que, para cantar la Poesía, la simboliza en la Mujer, de la que sois vosotras fragantes capullos.

Sólo por ésto, los Juegos Florales tienen entre nosotros cumplida carta de naturaleza. ¿Quién fué el que dijo que fuera de la vieja Provenza los Juegos Florales eran cosa exótica? No sería ciertamente por la belleza de las damas, ni por la inspiración de los poetas, ni por la abundancia de literatos, ni por el sentimiento estético del pueblo, ni por alguna otra condición de la que ciertamente no sabríamos encontrar causa de envidia los que nacimos en este valle bético, y aún contamos en la hermandad del paisaje a un Lucano, a un Mena, a un Góngora o a un Rivas, todos ellos claro ejemplo y efecto cierto de los factores apuntados.

Los Juegos Florales se hacen siempre en honor y en alabanza de las damas. Recogemos el premio al talento, a la sabiduría y a la bondad para ponerlo a los pies de vosotras.

Hizo historia de los Juegos Florales. En el siglo XII, en el país provenzal se le ocurrió a una ilustre dama dar una violeta de oro al poeta más inspirado, y para distribuir el premio nació la fiesta poética por excelencia. A principios del siglo pasado se estableció en España la costumbre de celebrar Juegos Florales, pero ello no era sino un remedo de lo que se había hecho en Córdoba. La fiesta tiene raigambre cordobesa, porque Clementina Isaura, que tal era la dama que en la Provenza instituyó el premio de la violeta de oro, era hija de uno de los últimos Abderramanes.

Los Juegos Florales tienen tradición andaluza y de Andalucía se extendieron por todo el mundo.

Fué aquí en Córdoba donde por primera vez se cantó a la patria, a la Fe y al amor.

Fué de aquí, de donde salieron los poetas de la vieja Roma. De aquí fueron a la patria de los Césares, y los romanos vinieron a Córdoba a inspirarse en la belleza de nuestro suelo.

Continuó hablando de la tradición poética de Córdoba. En la lengua de Cervantes—agregó—escribieron sus poesías Góngora, el Cisne de oro y el duque de Rivas, el duque romántico, que hasta en su destierro lloraba al recordar a Córdoba y la enaltecía con su métrica y con su inspiración, haciendo que el nombre de nuestra ciudad se esparciera por todos los continentes.

¡Cuánta tradición poética hay en este viejo solar! Esta patria cantada en los Juegos Florales es una patria para alentarla con el númen del poeta que ni reconoce límites ni tiene fronteras, sino que se extiende por todos los ámbitos del mundo.

Los mantenedores de los Juegos Florales cantaron siempre a la Fe y lo seguirán cantando porque la fe es la que inspira, la fe es la que alienta, la fe es la que sostiene.

Hay que tener fe en la virtud y vosotras la representais como nadie. Hay que tener fe en la verdad, en el trabajo, en las ilusiones y en la espera. La fe alienta a los hombres y por la fe se atreven a las mayores empresas. Por la fe España descubrió un mundo nuevo y se extendió por todo el Universo.

Había que cantar al Amor, y para ello nadie mejor que los poetas. La poesía es un sentimiento amoroso. El que no ama no puede ser poeta. Los poetas sienten el amor en todas sus manifestaciones y lo expresan en sus versos. Ahora más que nunca hay que hablar del amor.

Lo mismo que en el verano se agotan las flores y luego en la primavera vuelven a salir brindando sus aromas, así también en el alma del hombre nace el amor, unas veces hacia la madre, otras hacia la esposa. En los Juegos Florales es la reina la madre del poeta. El amor viene siempre a la mujer, que es la que llena la vida de consuelo.

Saludo esta noche aquí a la gran aristocracia porque de las tres aristocracias que hay, la de la sangre, la del dinero y la del talento, esta es la más suprema. (Gran ovación que dura largo rato).

Todo esto—dijo, dirigiéndose a la reina y a su corte de de honor—lo pongo a vuestros pies.

Vosotras sois la patria, la fe y el amor.

Cuando los hombres dan su vida por la patria las últimas palabras que pronuncian van dirigidas a la mujer amada. Cuando el escultor quiere tallar una obra de arte pone su fe en vosotras.

Vosotras, bellas mujeres, sois la flor del contento de la vida.

En las fiestas nos ilumináis como antorchas. Para vosotras rendidamente nuestro corazón y nuestro cerebro. A vuestras plantas reina y señora mía

El bellissimo discurso del señor Castejón fué premiado con una larga y clamorosa ovación y recibió muchas felicitaciones, a las que muy cordialmente sumamos la nuestra.



Por causas ajenas a la voluntad de la Academia, no podemos publicar el trabajo que obtuvo el primer premio correspondiente al tema núm. 15.